

En el siglo XVII, el Castillo sigue perteneciendo a los Pacheco, quienes defendían la causa borbónica, sirviendo de base militar a las tropas del Archiduque que combatían por esta zona; recuérdese la batalla de Almansa.

Pasa después a la casa de los Montijo, heredándolo la Emperatriz Eugenia, Condesa de Teba, y ésta, en 1857, encarga su restauración al arquitecto francés Sureda, interrumpiéndose las obras quince años después. Hay curiosas inscripciones en la puerta de entrada, de los obreros y canteros que tomaron parte en ella. Vive después en el Castillo una comunidad de religiosos dominicos franceses, quienes pagaban de alquiler un real de vellón al año, que modificaron el patio central, construyendo las galerías y soportales que lo afean y empañan su primitiva pureza.

Dice a este respecto Quadrado, refiriéndose a la visita que giró en 1855, antes de esta desafortunada restauración: «Seis redondas colosales torres, ceñidas de modilones en su mayor parte, las unas con escamas, las otras con arquitos esculpidos en el vacío que aquéllos dejan, forman los puntos cardinales de su exagonal planta, de cuyos lienzos los tres son rectos y los tres describen ángulo hacia dentro, trazando en cierto modo una estrella.» «Entre dos torreones ábrese la segunda portada, compuesta de un arco rebajado dentro de otro tricurvo, cuyo tímpano oculta gastada efigie de incierta forma y cuya concéntrica moldura sostiene a cada lado un fénix con el letrero «una sin par» por divisa. Sembrado de escombros aparece el patio...» Y más adelante sigue: «Las habitaciones bajas, o derruidas o trocadas en establos, conservan restos de pintura en su enmaderado techo...»

La restauración no fue total. Después, sirvió de nido de amor al Duque de Peñaranda. Luego, nada. Unos conservadores que habitaban en la villa y el Castillo quedó deshabitado.

Al estallar el Movimiento Nacional, la fortaleza, cubil de lagartos, jaula de cuervos y jardín de jaramagos, fue cuartel y cárcel de milicianos, quienes, con bárbaro desprecio del arte, deshicieron lo poco que aun se conservaba. Y aquí la crónica que hizo Quadrado es pobre para describir el estado de desolación y abandono de nuestro Castillo.

Terminada la guerra, después de servir de morada de todo peregrino, gitano o pobre, desmantelado, sin puertas ni ventanas, llanas de escombros y detritus sus rondas y habitaciones, rotos y caídos casi todos sus artesonados, taponadas las escaleras, sin pavimento, amenazando ruina alguno de sus torreones, el Frente de Juventudes acampa unos días en su patio para contemplar su histórica ruina. En el año 1943 visita el Castillo Eugenio Martí Sanchís, Jefe de la Sección Central de Rurales del Frente de Juventudes, quien se enamora de él y comienza la ingente labor de su reconstrucción. Ayudado por Baselgas, arquitecto de la